

CUADERNOS TORESANOS

Revista de Estudios de Toro y su Comarca

nº5. Año 2022



PROCULTO

Asociación Cultural

Promoción de la Cultura en la comarca de Toro

CUADERNOS TORESANOS
REVISTA DE ESTUDIOS DE TORO Y SU COMARCA

Nº 5, AÑO 2022

Consejo de redacción:

Cándido Ruiz González (Historia, Politología, Sociología)

Chiara Sportolletti Massoni (Arte, Patrimonio, Turismo)

Alejandro Vicente Castro (Ciencias Naturales, Enología, Agronomía)

José Luis Asensio Pérez (Economía)

Francisco Javier Hernández González (Filosofía, Psicología)

ISSN: 2530-4208

Depósito Legal: DL ZA 188-2016

Edita: Asociación Cultural Promoción de la Cultura en la comarca de Toro



ProCulTo

Gestión editorial: Editorial Cultural Norte

Teléfono: 693 71 26 63

info@culturalnorte.es

Impreso en España

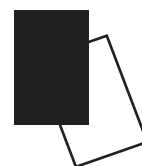
Para información e intercambios dirigirse a:

Asociación Cultural ProCulTo
C/ Cantar del Arriero, 12-2ª Planta
49800 Toro (Zamora)

E-mail: proculto2004@gmail.com

ÍNDICE

Presentación	p. x
ANÍBAL BARCA “EL GRANDE” ANTE LAS CIUDADES LEGIONENSES DE TORO Y DE SALAMANCA	
José María Manuel García-Osuna y Rodríguez	p. x
PROPAGANDA POLÍTICA EN LOS TIPOS MONETARIOS DURANTE LA GUERRA DE SUCESIÓN DE CASTILLA 1474-1479	
Alberto Amigo Alba	p. x
PRAGMÁTICA DE MEDINA DEL CAMPO DE 1497: ANÁLISIS Y ALCANCE DE LA REFORMA MONETARIA DE LOS REYES CATÓLICOS.	
Alberto Amigo Alba	p. x
MONTE LA REINA UN PALACIO NOVECENTISTA PARA EL CONDE VILLAPADIERNA	
Paloma Esteban Calonge	p. x
PUBLICACIONES	p. x
Bibliografía.....	p. x
Normas de publicación.....	p. x



PRESENTACIÓN

El número 5 de Cuadernos Toresanos, que editamos en 2022 contiene cuatro artículos, que abarcan aspectos de la historia de Toro o relacionados con la ciudad y comarca, desde la Antigüedad hasta el siglo XX.

El primero de los artículos, realizado por el prolífico historiador leonés José María Manuel García-Osuna Rodríguez contextualiza la actuación de los Bárcidas en la península, su enfrentamiento con Roma en las guerras púnicas y su actuación en las ciudades de Toro y Salamanca, donde el último Barca se enfrenta a los pueblos indígenas de la Meseta.

Alberto Amigo Alba, graduado en Historia y ligado por vínculos familiares con Toro, realiza dos artículos, que realmente son las dos partes de la misma investigación sobre la política monetaria de los Reyes Católicos. A partir de la numismática analiza la propaganda política de los Reyes Católicos durante la guerra de sucesión castellana en la que Toro juega un papel principal. En el segundo artículo que completa la investigación, trata la Pragmática de Medina del Campo, que supone una reforma monetaria en la que se fija el tipo de monedas y su valor en el Reino de Castilla. Esta reforma será la base sobre la que reposará la posterior política monetaria de los Reyes Austrias.

La historiadora del Arte, Paloma Esteban Calonge, colaboradora en el número anterior de Cuadernos Toresanos con una monografía sobre la emigración de los toresanos a América durante la Edad Moderna, escribe en este número un artículo en el que pretende dar a conocer el castillo-palacio de Monte la Reina, sito en el término municipal de Toro. La colaboración no se reduce solo a las características constructivas del castillo-palacio, sino que integra el palacio de Monte la Reina en una investigación sobre la familia noble que lo construye, tanto llevando a cabo un recorrido por la vida familiar y la actividad política de los Villapadierna como el lugar que ocupaba la propiedad de Monte la Reina en el patrimonio que poseía la acaudalada familia de los Villapadierna.

ANIBAL BARCA “EL GRANDE” ANTE LAS CIUDADES LEGIONENSES DE TORO Y DE SALAMANCA

José María Manuel García-Osuna y Rodríguez

Prólogo de las guerras mundiales entre Roma y Cartago

La gran propaganda de Roma, vencedora en el final de las tres grandes conflagraciones bélicas entre romanos y púnicos, con toda su pléyade de historiadores dedicados a ello, verbigracia: Suetonio, Plutarco, Tito Livio y Polibio, Polieno, Diodoro Sículo, Cornelio Nepote, Dió Casio, etc, dejaron a los cartagineses a los pies de los caballos de la historia.

El comportamiento de un pueblo romano cohesionado, proveniente del mundo agrario de grandes terratenientes y pequeños agricultores, que se habían visto obligados a diversas guerras de conquista, desde la Galia cisalpina, la Etruria hasta el final de la Península Itálica, para conseguir su supervivencia y, a la vez, dominar al resto de los habitantes peninsulares; había conformado un grupo de personas muy vinculados a su patria, Roma, y su propio blasón los definía: El Senado y el Pueblo de Roma unidos o *Senatus Populusque Romanus*.

Por el contrario los cartagineses tenían una estructura social muy diferente, existía un denominado partido popular; que, como entre sus irredentos enemigos romanos, agrupaba a una clase media de comerciantes bastante progresista. Este estrato social se agruparía alrededor de la familia de los Bárcidas, deseando una expansión comercial, no solo circunscrita al norte de África.

Sus mujeres eran mucho más libres que las de los romanos, y solo comparables a las de los espartanos. Su constitución como la de Esparta generaría admiración en

Platón y en Aristóteles. Pero no habían sido creados para el rencor y el odio, patognomónicos habituales entre los hijos del río Tiber hacia sus enemigos.

La ciudad poseía dos grandes puertos, que eran considerados dos auténticas maravillas en su época, uno comercial y otro militar. Los púnicos o cartagineses varones llevaban largas barbas sin bigote. Las mujeres estaban en las casas, como las romanas, e iban veladas; pero en la época de los Bárcidas estaban en un nivel social bastante más elevado que las féminas de Roma.

Será una mujer, de nombre ignoto, la que defienda la ética y el valor social de los púnicos en la Tercera Guerra Romana, recriminando a su esposo, comandante del ejército, su cobardía.

Otra mujer, Sofonisbaal (siglo III a.C.-203 a.C.), hija del general Asdrúbal Giscón, casada con el rey númida Masinisa, será reputada como inteligente y bella por antonomasia en la época de la Segunda Guerra Romana, siendo negociadora eximia para su propia patria (*“hermosa de apariencia, una mujer de variados modos, y dotada de la habilidad de dominar a los hombres a su voluntad”*. *“Poseía la finura propia de la vida urbana y una gracia seductora, y en su conjunto era tan atractiva que, con solo verla o incluso escucharla, cualquiera quedaba cautivado por ella”*).



Moneda de Hierón II de Siracusa

Y es preciso recordar a la princesa de Cástulo, Himilce (siglo III a.C.-214 a.C.), la esposa de Aníbal Barca el Grande, que moriría por efectos de la peste, el hijo de ambos se llamaría Aspar Barca.

Tito Livio (59 a.C.-17 d.C.), parece aludir a Himilce en su *Ab Urbe condita*: “Cástulo, fuerte y célebre ciudad de Hispania, tan estrechamente unida a los cartagineses que la esposa del propio Aníbal era de allí, se pasó a los romanos”.

Aunque, al contrario que entre los romanos, existió en todas las ocasiones una facción agraria oligárquica africanista, enemiga hasta la felonía y la traición de los Barcas, que incluso denunciaría a Aníbal ante los romanos, y que se agrupaba alrededor de la familia del general Hannón el Grande, quien en el colmo de la traición desmovilizaría a la marina púnica en el año-244 a.C., y así dio tiempo a Roma a reconstruir su flota y derrotar finalmente a Khartago hacia el año-241 a.C., en el momento histórico de la Primera Guerra Romana o Púnica (264 a. C.-241 a.C.).

Tito Livio define una inventada opinión de Hannón el Grande, pero que definiría al personaje: “Odio y detesto a este joven (Aníbal) que es la personificación del odio y del estallido de esta guerra. Y mi opinión es la siguiente: que no solo debe ser entregado como expiación por la ruptura del tratado, sino que, aunque nadie lo exija, debe ser trasladado a los últimos confines de la tierra y del mar, y dejarle desterrado allí desde donde ni su nombre ni su fama pueda llegar hasta nosotros ni su persona pueda alterar la tranquilidad de esta ciudad. Ésta es mi propuesta: que se envíen inmediatamente unos legados a Roma para dar una satisfacción al Senado, otros para comunicar a Aníbal que retire el ejército de Sagunto y entreguen al mismo Aníbal a los romanos de acuerdo con el tratado”

No se sabe con certidumbre, en qué momento

histórico se fundó, por comerciantes de la polis fenicia de Tiro, Cartago (denominada en la lengua de los fenicios como *Qart-Hadasht* o Nueva Ciudad). El historiador Timaios de Tauromenio (350 a.C.-260 a.C.) menciona la fecha de 814-813 a. C. como apodíctica; el lugar topográfico era perfecto. Su fundación correría a cargo de una mujer o princesa de Tiro, llamada Dido o Elishat o “la Errante”.

Los fenicios fueron calificados por los griegos como *phoinikes*, los rojos o los de púrpura, por sus túnicas de ese color. Su tierra abarcaba desde la desembocadura del río Orontes hasta la ciudad de Haifa, y la llamaban *Kana'an* o *Put*. Por lo tanto, ellos se llamaban así mismos *canaaneos* o *kena'ani* o hijos de Canaán o *binkena'an*. Los romanos llamaron púnicos exclusivamente a sus irredentos enemigos cartagineses. Su tinte púrpura se fabricaba de la mucosidad o secreción de la glándula hipobranquial del caracol de mar o gastrópodo marino, llamado *Murex brandaris*.

Estaban comandados sus ejércitos, por el equivalente a los cónsules republicanos de Roma, y eran denominados sufetes. En la Balanza de Cartago existían dos grupos políticos muy enfrentados, que representaban a dos tipos de sociedad, uno era el de la oligarquía agraria africanista dirigida por Hannón el Grande y sus fieles, y volcada hacia todo tipo de pactos con Roma. Este grupo era sumiso con los superiores y déspota con los inferiores.

El otro grupo equivalente al de los populares de Roma, estaba vinculado a las clases populares y a la clase media comercial o mercantil, era digamos haciendo una abstracción histórica la izquierda de principios del siglo XX, muy concienciada en que la ética pública era importante, y en que era preciso salir de África; estaba dirigido por Amílcar Barca y su clientela. Pero, por

desgracia la cohesión popular que existía en la sociedad romana, no existía entre los cartagineses.

Su milicia era de tipo profesional o mercenaria, y solo los ciudadanos se encontraban entre los cuadros militares de oficiales. Aunque, sí existía una guardia ciudadana para vigilar y defender la propia urbe tiria.

Estaba claro que, por la idiosincrasia de ambos pueblos, tan dispares o disimiles ética y socio-políticamente, en algún momento de la Historia de la Antigüedad se deberían enfrentar a muerte. Aunque es obvio para cualquier historiador que se precie, que nunca se pudo pensar en el odio genocida con el que Roma destruyó, *ad infinitum*, a esa hermosa civilización, en uno de los grandes exterminios de la historia como fue la denominada Tercera Guerra Romana o Púnica (149 a.C.-146 a.C.), en la que literalmente uno de los mayores genocidas de la historia, Publio Cornelio Escipión Emiliano Numantino Africano Menor (185 a.C.-129 a.C.) dijo aquello, desde las colinas que rodeaban a Cartago, de “No les voy a dejar ni los ojos para llorar”, apoyándose en aquella frase lapidaria del Censor Marco Porcio Catón el Viejo (234 a. C.-149 a. C.) de: “*Ceterum censeo Carthaginem esse delendam*. Que se puede traducir por: *Es más, creo que Cartago debe ser destruida*”.

Cuando la gran civilización comercial norteafricana sea barrida, con la saña habitual de los romanos, de la faz de la Tierra, todas las riberas del Mediterráneo-*Mare Nostrum* deberían haber llorado su desaparición. Fueron los inventores del alfabeto consonante, y del comercio más ortodoxo que recuerda la historia, pero los romanos no les dejaron evolucionar.

El historiador griego Polibio de Megalópolis (200 a.C.-118 a.C.) refiere que la primera relación política entre Roma y Cartago se refiere a la firma del primer tratado entre ambas potencias, hacia los años 508-507 a. C., tras la expulsión de Roma del séptimo y último de sus monarcas llamado Lucio Tarquinio el Soberbio [¿?-REY DE ROMA entre los años 534 a 509 a.C.-MUERTE en la ciudad de Cumas en el año 495 a.C.].

La curiosidad del tratado estriba en que para los romanos tiene un carácter muy estrecho políticamente, ya que solo se refiere a la protección del territorio del

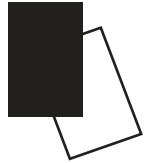
Lacio, cuya obvia capital ya no es Alba Longa sino la propia Roma; fundada, según la tradición, por los hermanos Rómulo y Remo, ambos amamantados por una *lupa romana* llamada Luperca, el 21 de abril de 753 a.C., *Ab Urbe Condita*.

Por parte de los púnicos prevalecen los intereses comerciales, prohibiendo a las naves romanas traspasar el africano Cabo Hermoso, aunque en caso de emergencia se les permitiría a los romanos adquirir materiales de reparación de sus barcos y ofrecer sacrificios a los dioses. En los territorios libios y sardos los comerciantes romanos tenían sus actividades sometidas al control de las autoridades púnicas; pero en Sicilia, ¡craso error!, y que los cartagineses lamentarían, se concedía a los comerciantes romanos los mismos derechos que a los púnicos.

«En conjunto, pues, este tratado, en tanto que instrumento de la política y de la diplomacia comerciales cartaginesas, podrían incluirse en el conjunto de los tratados cartagineses anteriores. Tras el evidente debilitamiento del poder de los etruscos (en Italia), la nueva República de Roma pasó a formar parte del entramado de intereses comerciales cartagineses y, por consiguiente, se legalizó por algún tiempo una compensación de intereses satisfactoria para ambas partes» (Karl Christ, 2006, p. 30).

Tras las guerras de los romanos contra los celtas cisalpinos; la más destacada sería la derrota romana (4 legiones y sus socii latinos) en la batalla del río Alia [albores del siglo IV a.C., ¿390 a.C. o 387 a.C.-386 a.C.?, probablemente un 18 de julio, fecha maldita para los sacerdotes romanos quienes nunca realizaban ceremonias religiosas en esa fecha, a posteriori], frente a los galos senones (12.000), mandados estos por su jefe Breno.

Al ver su capital devastada por este gran jefe galo, intentaron comprar la paz pagando a Breno mil libras de oro; la cuantía a pagar fue discutida por los romanos, cuando vieron que los galos habían manipulado la balanza romana, pero, entonces, Breno colocó su desequilibrante espada y dijo aquello de: “*Vae Victis!*” O ¡Ay de los vencidos!” frase axiomática de nula piedad de los vencedores por los vencidos.



El segundo tratado entre Cartago y Roma sería del año 348 a.C., y ya en este segundo pacto se cita a los aliados de ambas potencias, tirios y uticenses por los púnicos, y latinos para Roma. En el año 343 a.C., se firma un tercer tratado, ya que Cartago tiene problemas con Timoleón de Corinto (c. 411 a.C.-337 a.C.) en Sicilia, quien se había trasladado hasta Siracusa para oponerse a las ayudas púnicas hacia otros tiranos insulares, como por ejemplo Hicetas de Leontino gobernador en Siracusa, derrotado definitivamente y condenado a muerte en el año 338 a.C. Por el contrario, los romanos han derrotado a los samnitas en la batalla de Suesula, dentro de la denominada como Primera Guerra Samnita (343-341 a.C.).

El historiador Filinos de Agrigento (siglo III a.C.), refiere un cuarto tratado, hacia el año 306 a.C., muy dudoso, tras concluir las guerras entre los púnicos y el tirano Agatócles de Siracusa [c. 361 a.C.-TIRANO DE SIRACUSA DESDE EL 217 a.C.; y REY DE SIRACUSA desde el 304 a.C.; HASTA 289 a.C.].

El quinto tratado romano-púnico se denomina anti-Pirro y es de los años 279-278 a.C. El historiador griego Polibio lo describe en su obra HISTORIAS: «Si firman un tratado escrito con Pirro, lo harán ambas partes. Pero (?) para que les sea posible ayudarse mutuamente en el territorio de los que sean atacados, quienquiera que fuere el que necesite ayuda, los cartagineses proporcionarán los barcos, tanto para transporte como para el ataque, en cambio, cada una de las partes pagará la soldada para su propia gente. En caso necesario, los cartagineses también restarán ayuda a los romanos en el mar, pero nadie obligará a las tripulaciones a desembarcar contra su voluntad» (Apud K. Christ, pág. 31).

Eran los mejores marinos de la época de la Antigüedad, y su marina de guerra vencía siempre, hasta que los romanos copiaron una de sus naves. Sus generales debían cargar con el peso de la absoluta responsabilidad en las batallas, y si eran derrotados muchas veces eran crucificados.

Su sentido o espíritu comercial y mercantil es citado, sin ambages, por Heródoto en sus Relatos Libios: «Los cartagineses desembarcan en la playa sus mercancías para exponerlas. Regresan a los barcos y hacen humo para avisar a los indígenas. Estos, al ver el humo se acercan al

mar y colocan al lado de las mercancías el oro que ofrecen, para luego retirarse. Los cartagineses vuelven a bajar a tierra y miran lo que han dejado. Si les convence, cogen el oro y se van. Si no, vuelven a subir al barco a la espera de que los nativos mejoren la oferta».

Ya escribía el prelado cartaginés San Agustín de Hipona sobre la lengua cartaginesa, la cual todavía era utilizada en el norte de África hacia el siglo V d. C. En su Epístola XVII del año 401d. C. indica que: «*Quae lingua si improbatur abs te, nega Punicis libris, ut a viris doctissimis proditur, multa sapienter esse mandata memoriae. Poeniteat te certe ibi natum, ubi huius linguae cunabula recalent*».

Lo que se puede traducir por: «Si rechazas esta lengua, estás negando lo que han admitido muchos hombres eruditos: son muchas las cosas que han sido sabiamente preservadas del olvido gracias a libros escritos en púnico. Hasta avergonzado debieras estar de haber nacido en el país en que la cuna de este idioma todavía sigue caliente».

El Rey Pirro del Epiro en la Historia

El nombre de Pirro del Epiro [318 o 319 a.C.-BASILEOS o REY desde el 307 a.C. a 302 a.C.; y de nuevo entre los años 297 y 272 a.C.; REY DE MACEDONIA en los años 287 a.C. y 273 a.C.] se refiere a uno de los seres humanos más inteligentes y paradigmáticos de la Antigüedad, quien pasaría a mejor vida en la batalla de Argos.

Mientras combatía, fue ligeramente herido en el pecho por una jabalina y, al darse la vuelta para intentar matar al argivo que le había atacado, la madre del soldado de Argos viendo a su hijo que iba a morir bajo la espada del monarca epirota, le lanzó al soberano una teja muy pesada, la cual golpeó a Pirro en la nuca.

El rey aturdido y en shock se cayó de su caballo, siendo asesinado por un soldado enemigo llamado Zópiro,

decapitado y su cabeza llevada por Alciones a su padre Antígono II Gónatas o el Patizambo [c.319 a.C.-REY DE MACEDONIA entre 277 a.C. y 274 a.C., y luego de 272 a.C. hasta 239 a.C.], quien lo hizo enterrar con todos los honores en el templo de Démeter.

Plutarco de Queronea (c. 46 o 50-120 d.C.) lo define en términos elogiosos en su obra *Vidas Paralelas*: «...sin cesar pasaba de unas esperanzas a otras, de una prosperidad tomaba ocasión para otras varias, si caía intentaba reparar la caída con nuevas empresas, y ni por victorias ni por derrotas hacía pausa en mortificarse ni en ser mortificado».



Busto del rey Pirro del Epiro

Charles Louis de Montesquieu (1689-1755) le dedica un juicio importante en su obra *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leus décadence*, del año 1721: “La grandeza de Pirro no consistía en otra cosa que en sus cualidades personales. Plutarco nos dice que se vio obligado a hacer la guerra porque no podía mantener entretenidos a los seis mil hombres de infantería y seis mil de caballería con que contaba. Este príncipe, señor de un pequeño Estado del que no se ha vuelto a oír hablar después de él, era un aventurero que se embarcaba

en empresas continuas porque no podía subsistir sino emprendiéndolas”.

En el año 281 a.C. los habitantes de la ciudad de Tarento (“eran gente licenciosa, poco acostumbrada a los rigores de la guerra y reacia a soportar duras privaciones”) en la Magna Grecia le pidieron ayuda inmediata contra los romanos: “...que pondrían a 150.000 infantes y 20.000 jinetes a su disposición, ya que todas las naciones del sur de Italia se unirían bajo su estandarte”.

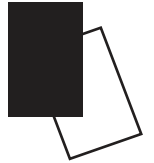
En un primer momento intentó negociar con el cónsul romano Publio Valerio Levino, pero sus palabras fueron motejadas de ofensivas por los romanos, y el general consular del SPQR le contestó, sin ambages: “En cuanto a nosotros, acostumbramos a castigar a nuestros enemigos, no con palabras, sino con actos. No te convertiremos en juez en nuestros problemas con los tarentinos, samnitas o el resto de nuestros enemigos, y tampoco te aceptaremos como garante para el pago de cualquier indemnización, sino que decidiremos el resultado con nuestras propias armas y fijaremos los castigos que nosotros deseemos. Ahora que estás avisado de ello, prepárate para ser no nuestro juez, sino nuestro rival”.

Los elefantes del epirota decidieron la batalla, y la caballería tesalia decidió el resto de la derrota en desbandado de los legionarios, la confrontación bélica duraría 24 horas, y solo la obscuridad de la noche salvó a los romanos de una completa catástrofe.

Las pérdidas de ambos ejércitos fueron muy numerosas, lo que motivó que Pirro mientras contemplaba su pírrica victoria dijera aquello: “Otra victoria como esta, y tendré que regresar al Epiro yo solo”.

Los términos que impuso a los romanos fueron:

- 1º-Debían reconocer la independencia de los italotas (pueblo prerromano grecoparlante en la Magna Grecia).
- 2º-Deberían restaurar a los samnitas, lucanos, apulios y brucios todas las posesiones perdidas en la guerra.
- 3º-Roma estaba obligada a firmar la paz con él mismo y con los tarentinos. Su elocuente embajador Cineas fue expulsado, con cajas destempladas, del senado de Roma por la acción del anciano censor Apio Claudio Ceco.



A continuación se dirigirá a la Sicilia púnica, donde será derrotado por la milicia cartaginesa en Lilibea (276 a.C.). Al esfumarse su prestigio abandonaría Italia, no sin antes dejar frases lapidarias para la posteridad, tales como: *“¡Otra victoria como esta y estaré vencido!; O ¡Qué buena arena de combate dejamos aquí para romanos y cartagineses! O Piedad a destiempo es superstición, y buen consejo es aquél que lleva a conseguir riqueza sin esfuerzo. O Cuando vosotros los espartanos-lacedemonios resolvéis hacer la guerra, es vuestra costumbre no informar de ello al enemigo. No me acuséis, por tanto de injusticia, si he utilizado una estratagema espartana contra los mismos espartanos”*.

La primera guerra romana o Púnica (264 a.C.-241 a.C.)

Los tratados entre Roma y Cartago demuestran dos idiosincrasias diferentes, los intereses económicos de los africanos eran comerciales, mientras que los romanos tenían aspiraciones territoriales. Pero, de pronto ocurrirá un hecho político-militar totalmente inesperado, mal gestionado por Cartago, para que estas relaciones legalmente consolidadas se fueran al traste, y dieran comienzo a unas relaciones bélicas y de odio profundo, cuyas consecuencias fueron inesperadas e imprevisibles para ambas *poleis*.

La causa de la Primera Guerra Romana o Púnica (264 a.C.-241 a.C.) tiene su clave de inicio por el comportamiento salvaje y de terrorismo realizado por los manertinos-mamertinos, quienes eran unos ex-mercenarios de Agátocles de Siracusa, que se encargaban de la depredación del noreste de Sicilia, su nombre provenía de Maners, el Marte de los sabinos. Fueron aceptados de buena fe en Mesina, aunque una vez dentro de la ciudad asesinaron a los varones y se apoderaron de las mujeres, saqueando casas y posesiones.

Desde el año 275 a.C. hasta su gran derrota en el 268 a.C. (batalla de Longanos) lucharon contra el rey Hieron II de Siracusa [c. 306 a.C.-TIRANO-REY DE

SIRACUSA, desde el año 265 a.C. hasta el 215 a.C.]. Por su situación límite recurren en primera instancia a los púnicos; pero, en el año 264 a.C., nuevamente Hierón II y, ahora apoyado por los cartagineses, se dirige contra ellos. Entonces, la asamblea mamertina decidió solicitar la sumisión o *deditio* a Roma, lo que conllevaba inmediatamente la protección del SPQR. La oligarquía senatorial romana vio posibilidades importantes de riqueza y botín en Sicilia, por lo tanto su cónsul Apio Claudio Caudex se dirigió hasta Reggio Calabria, y por la noche consiguió penetrar en la sitiada Mesina.

A continuación envió embajadores a los sitiadores para conminarles a que abandonasen el cerco. Ambos aliados se negaron, y el cónsul de Roma haciendo caso omiso de todos los problemas jurídicos irresolubles existentes les declaró la guerra.

Ya tenemos a cartagineses y romanos enzarzados en su primera gran conflagración. Hechos de armas muchos, favorables a ambos bandos, aunque ninguno afloja la presión. No obstante será la Balanza o Senado cartaginés cuya sede estaba situada en un edificio, que poseía una balanza en el frontispicio de su puerta, quien antes dará signos de agotamiento. Para aquellos hombres de Cartago era total y absolutamente inexplicable una guerra que no tenía fin, y que estaba agotando las posibilidades económicas de su república, hecha para el comercio y para las buenas relaciones entre los pueblos. Por el contrario, Roma luchaba siempre hasta la extenuación, su psique ciudadana no le permitía ningún tipo de armisticio que no conllevara la rendición absoluta del enemigo.

Pero, en el año 247 a.C., aparece en la escena bélica un nombre eximio, padre de una dinastía que dará múltiples problemas a Roma, se trata de Amílcar Barca (275 a.C.-228 a.C.); su nombre significa: *Hmlqrt* o ‘hermano de Melkart’. Melkart era la suprema divinidad regia de Tiro. En Cartago podría ser el equivalente de Hércules o de Herakles. Su apelativo *Brq* o *Baraq* significa ‘rayo-fulgor’. Mantuvo su ejército incólume y realizó una magistral guerra de guerrillas contra Roma en Sicilia. Dota a sus soldados de una versatilidad y una disciplina fuera de serie; siempre se dijo en su época que ningún soldado desertaba de los ejércitos de los Barca. Aunque no pudo ganar batallas relevantes, su actuación

siempre fue digna y exitosa, provocando gran número de muertos e ingentes gastos a los romanos. Para Roma era un auténtico diablo.

Cuando la Balanza se rindió, de forma inesperada, Amílcar Barca estaba invicto, y aunque firmó con el cónsul romano Gayo Lutacio Cátulo (c. 291 a.C.-¿?), obligado por su patria, la rendición, se pudo retirar con sus 20.000 soldados ordenadamente sin rendir las armas; su prestigio entre sus soldados y entre sus enemigos ya sería proverbial, todo ello unido a una innata y superlativa ironía en sus relaciones con el SPQR.

Polibio nos indica como fueron las condiciones de paz entre el Bárcida y el romano: *“Bajo esas condiciones habrá amistad entre Cartago y Roma, siempre y cuando el pueblo romano también lo apruebe. Los cartagineses evacuarán toda Sicilia, no harán la guerra contra Hierón ni tomarán las armas contra los siracusanos o sus aliados. Los cartagineses devolverán a los romanos todos los prisioneros de guerra sin pedir rescate. Los cartagineses pagarán a los romanos dos mil doscientos talentos en un plazo de veinte años”*.

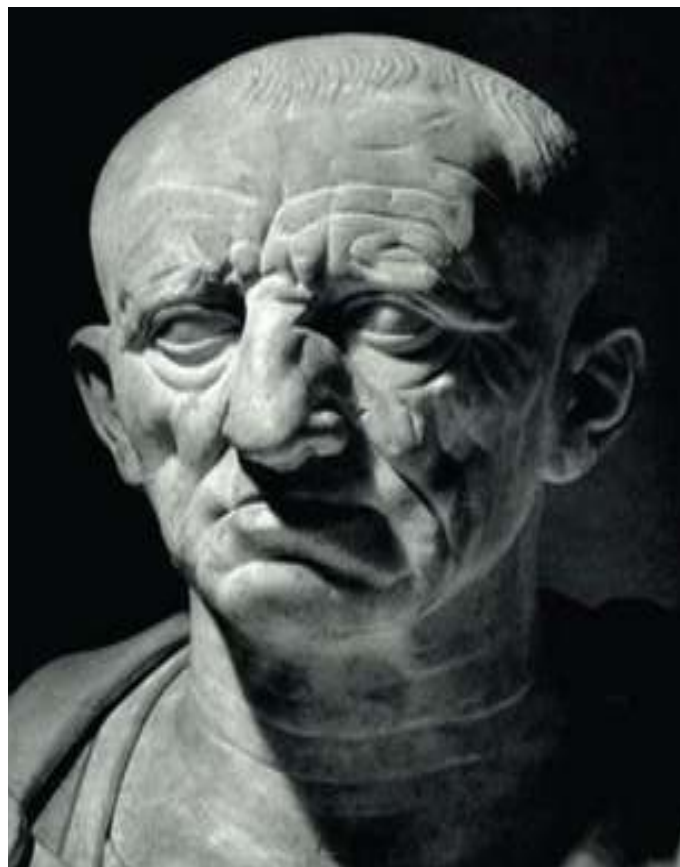
Sea como sea la Asamblea Popular de Roma las juzgó excesivamente benignas, y no las convalidó haciéndolas más peyorativas: 1ª- La indemnización debería ser de unos mil talentos más, y el plazo sería disminuido a diez años; 2ª- Los púnicos abandonarían todas las islas entre Italia y Sicilia.

La Balanza púnica no tuvo otro remedio que aceptarlas. C. Lutacio Cátulo celebró su esperado triunfo el 4 de octubre de 241 a.C., y construyó un templo a la diosa Juturna (deidad menor, ninfa de las aguas y de los manantiales; Júpiter le concedió la inmortalidad como compensación por haberle arrebatado la virginidad) en el Campo de Marte.

Este comportamiento tan usurero, y tan poco contemporizador con un enemigo tan valeroso, crearía una auténtica fractura social en la urbe tiria norteafricana y, sobre todo, en su gran comandante Amílcar Barca, quien alimentó ya indefinidamente su rencor hacia Roma, nunca aceptaría esta derrota y rendición incondicional, ya que él estaba seguro de que

se debería haber seguido luchando hasta obtener una victoria o, cuanto menos, un armisticio equitativo.

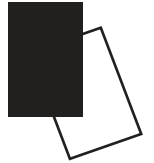
El genial Bárcida concluidas las negociaciones de paz condujo a sus soldados hasta Lilibeo, y desde ahí se embarcaron para Cartago. Luego, de forma inesperada y sin causa aparente, renunció al mando del ejército cartaginés, y se fue hasta sus predios familiares en *Hadrumetum*



Catón el Censor

La guerra de los mercenarios

Es denominada como la guerra inexpiable, y sería una contienda civil de una crueldad fuera de serie. Asolaría las depauperadas tierras de Cartago entre los años 241 a.C. y 238 a.C. El gobernador púnico, Giscón de Lilibeo dividió los contingentes de soldados mercenarios profesionales en pequeños grupos para que la metrópoli pudiese abonarles sus salarios con menores dificultades. Pero el Consejo de los Cien o de los 104, llamado por los romanos como el Senado de Cartago, o comité selectivo del Gran Consejo de Cartago, de recia



composición oligárquica aristocrática, no aceptó este plan y concentró a todos estos soldados desesperados en la propia urbe primero, y luego en Sikka. Los políticos púnicos pretendían que sus soldados renunciasen a parte de sus salarios.

Los mercenarios se amotinaron y comenzaron a cometer desmanes. La solución fue de mal en peor, ya que el encargado de las negociaciones sería Hannón el Grande; el hecho le sobrepasaba, verbigracia cuando comenzó exigiendo la reducción de sus pagas, el motín se incendió y comenzó una guerra sin cuartel.

El número de muertos de los mercenarios sería de alrededor de 70.000, de un número total de 92.000; por parte del ejército regular cartaginés morirían unos 20.000 de un global de 25.000. Cartago estaba moral y materialmente exhausta; y sus mercenarios habían sido sus mejores soldados y profesionales expertos de una enorme capacidad de combate, cuyos jefes (Mathos, Esendios, Autarito y Zarza) sabían las debilidades de sus comandantes cartagineses y, por lo tanto, eran hábiles propagandistas e inteligentes tácticos militares; uno de ellos, Naravas, cambiaría de bando y se matrimoniaría con una de las tres hijas de Amílcar, la tradición dice que se llamaba Salambó.

En vista del evidente y grave problema de la situación bélica, la Balanza de Cartago entregará el mando supremo a su mejor general, que era, como ya es público y notorio, Amílcar Barca. Roma, con una carencia absoluta de ética, la perfidia romana, aprovechará la desastrosa situación de Cartago, para arrebatar *manu militari* la isla de Cerdeña del poder de los norteafricanos. Cartago protestó, y Roma, cínicamente, la amenazó con una nueva declaración de guerra y, además, le exigió 1.200 talentos más por haber protestado, “*indemnización de guerra*”, de esa espuria ocupación.

Polibio nuevamente analiza lo ocurrido: «*Al considerar estos hechos, nadie vacilaría en decir que no solo en los cuerpos de los hombres nacen úlceras y tumores que se inflaman y acaban por convertirse en incurables,*

aún más en las almas (...). A veces nacen en las almas podredumbres y gangrenas tales que logran que entre los seres vivos no haya ninguno más impío ni más cruel que el hombre (...). La causa y el componente principal de esta conducta radican en las malas costumbres y en una educación pésima recibida ya en la infancia. Pero hay muchas otras cosas que también influyen: las principales son la soberbia y la avaricia de los que mandan. En aquella oportunidad se dieron en el cuerpo de mercenarios, y aún más en sus cabecillas».

Los mercenarios cometieron masacres sin cuento, pero las tropas metropolitanas tampoco se contuvieron a la hora de realizar orgías de violencia contra sus antiguos compañeros de armas; por lo que produce estupefacción el odio y la brutalidad que se desencadenaron entre aquellos varones que habían sido, a priori, compañeros de armas contra Roma.

Poco después, Roma ocupó Córcega, y ahora ya habían perdido los cartagineses el poder sobre esas tres islas (Sicilia, Córcega y Cerdeña), que desde hacía siglos formaban parte del sistema comercial púnico. Cartago no tuvo nunca una gran voluntad y capacidad de integrar en su conciencia sociopolítica a sus aliados. Roma había conseguido movilizar muy variadas medidas de presión hacia sus aliados a favor de su causa.

Los Bárcidas en Iberia. La muerte de Amílcar Barca

En vista de la situación económica y social tan lamentable en que había quedado la urbe norteafricana, es lógico colegir que tanto Amílcar con su yerno Asdrúbal Janto o el Bello (ca.270 a.C.-221 a.C. El nombre es *Zrb'l* o “ayudado por Baal”) se verán obligados a llegar hasta Iberia, donde tendrán un comportamiento diferente con los indígenas, y mayoritariamente a su favor¹.

¹ Baal es el dios supremo de los fenicios. Significa Amo o Señor. Baal Hammon sería el equivalente a Zeus o a Júpiter. Anat. Es la esposa de Baal. La señora. Su hijo es Bes o dios tutelar de la infancia. Moloch, era un dios protector. Se cree que el *tofet* de los sacrificios rituales de los niños primogénitos de los oligarcas estaba bajo la advocación de esta divinidad; aunque esos sacrificios se prohibieron ya hacia el siglo V a.C.

En vista de los avatares que están padeciendo, el clan de los Barca y sus clientes llegan a la convicción de que la única posibilidad de restablecer, de forma realista la maltrecha económica púnica que se encuentra en franca bancarrota, es dirigirse hacia las antiguas colonias fenicias y púnicas del sur y del este de Iberia. La abundancia de metales era conocida, y de esta forma a posteriori se podría preparar una ocupación colonizadora cartaginesa, *sensu stricto*; sea como sea esos territorios serían económicamente muy rentables para Cartago.

Si ese deseo Bárcida de volver contra Roma pueda ser considerado, es irrefutable que era necesario preservar incólume el territorio metropolitano, y para ello no se deberían realizar guerras contra númidas o libiofenicios, para poderlos utilizar como aliados sin fisuras en la posible futura confrontación contra el imperialismo romano. Como lugar de destino se utilizará Gades, la gran urbe fenicio-púnica del sur ibérico, en la tierra de los turdetanos.

Con el gran general púnico viajarán sus tres hijos varones, sus tres hijas innominadas se quedarán en Cartago. Los nombres de sus vástagos ya quedarán ligados a la historia de la Antigüedad *per saecula saeculorum*. El mayor se llamaba Aníbal [*Hnnbl.* “Gracia o don de Baal”. 247 a.C.-183 a.C.], y en este momento ya tenía unos nueve años. El segundo era Asdrúbal Barca [245 a.C.-207 a.C.], y el nombre del benjamín era Magón Barca [243 a.C.-203 a.C.]; y comandando una pequeña flota de escolta iba su yerno Asdrúbal el Bello. Todos ellos, incluyendo a los otros yernos Naravas y Bomílcar (este ahora es uno de los sufetes), formarían siempre un clan muy unido y sin fisuras frente a los avatares de la vida que padecieron; los dos hijos pequeños se quedaron, de momento, en Cartago.

La actitud de Roma ante la crisis de Cerdeña dejaría una huella indeleble en los tres hijos Bárcidas, sobre todo en el primogénito, que tenía ya la convicción de que se enfrentaban a un enemigo codicioso e implacable, cuya ética dejaba mucho que desear, y ante el cual era preciso estar en guardia. Otro historiador griego llamado Plutarco definiría al cónsul enemigo de Aníbal, Claudio Marcelo y por extensión a todos los romanos como: “Hasta entonces (es decir, antes de la

época de Marcelo), los romanos tenían la fama ante los pueblos extranjeros de entender bien el oficio de la guerra, pero nunca habían dado pruebas de clemencia, amor al prójimo ni, en general, virtud política”.

Es en este contexto y momento históricos cuando Polibio cita el hecho del famoso *Juramento de Aníbal* (“NUNQUAM ROMANI IN AMICITIA FORE”), pero que el hijo de Amílcar va a referir, en el año 193 a.C., cuando debe vencer la desconfianza de su nuevo aliado, que es el rey Antioco III el Grande de Siria [241 a.C.-REY DEL IMPERIO SELEÚCIDA DE SIRIA desde el año 223 a.C., hasta el 183 a.C.].

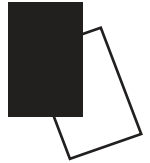


Moneda de Amílcar Barca como Melkart

Según esta versión polibiana del propio Aníbal, Amílcar antes de cruzar el mar hacia Iberia le habría preguntado amablemente a su hijo: “Si quería acompañarle en su campaña. Cuando éste respondió que sí de buen grado e incluso suplicó con insistencia como hacen los niños, aquél cogió su diestra, le condujo al altar (del dios púnico Melkart) y, tocando la ofrenda, le hizo jurar que nunca estaría en amistad o sentiría simpatía por los romanos”.

Amílcar acuñará monedas de una calidad creciente en Gades, en plata de alto nivel, con una pequeña serie de oro y otras emisiones de bronce. Las operaciones del Barca contra los íberos fueron exitosas, aunque las fuerzas enemigas eran muy superiores, pero no podían superar la estrategia superior de los norteafricanos. La estabilización del poder de Amílcar, en Iberia, se hace palpable por la fundación de un nuevo núcleo poblacional llamado *Akra Leuké* (Alicante).

La transferencia de beneficios importantes hasta la metrópoli comenzó a alimentar la desconfianza de los romanos. Roma envía una delegación ante Amílcar



para obtener información sobre sus pretensiones, entre los años 230-229 a.C., según Dión Casio: *“Bajo el consulado de (Marco Pomponio y) Gayo Papirio, enviaron embajadores para observar (las empresas de Amílcar), aunque no les interesaban los asuntos hispanos en absoluto; él, además de acogerlos, los trató con palabras adecuadas, al decir entre otras cosas que hacía la guerra a los hispanos por obligación, para poder pagar el dinero que los cartagineses debían todavía a los romanos, ya que no era posible satisfacerlo de ninguna otra manera, de modo que los embajadores no sabían lo que le podían reprochar”*.

Se citan en las fuentes clásicas los nombres de algunos de los régulos íberos que lucharon contra Amílcar:

1º) ISTOLACIO. Caudillo y jefe militar de los turdetanos, según Diodoro Sículo era un celta al servicio de la Turdetania, su lugarteniente y hermano se llamaba INDORTES. En el año 220 a.C. se enfrentaron a la milicia púnica, que incluía elefantes de guerra; serían derrotados, torturados y muertos en la cruz. *“Luchando (Amílcar) contra los íberos y los tartesios, con Istolacio, general de los celtas, y su hermano, dio muerte a todos, entre ellos a los dos hermanos, con otros sobresalientes jefes, y alistó a sus propias órdenes tres mil, que había apresado con vida”*. La mayoría de los prisioneros serían incorporados al ejército norteafricano.

2º) ORISÓN. Jefe, caudillo o régulo de los íberos oretanos. Entre 263 a.C. y 222 a.C. Acude en auxilio de la ciudad de *Heliké* (Elche de la Sierra), sitiada por los púnicos en 228 a.C. Llegó fingiendo una alianza para someter a los sitiados, pero en cuanto los púnicos se confiaron, les atacó con saña y furor, poniéndoles en fuga. Para evitar a los elefantes de guerra, utilizó a una manada de toros bravos, encendieron teas en sus cuernos, los elefantes se desbandaron y el campamento púnico ardió. Otros historiadores creen que utilizaron carros cargados de ramas ardiendo.

En este momento es cuando, con diversas variaciones, Diodoro y Apiano creen que Amílcar murió ahogado en un río al caer del caballo. Frontino que superó al agua del río, pero fue abatido por guerreros de la ciudad sitiada. Zonaras que fue muerto en la estampida de los elefantes, y Polibio que murió, a posteriori, luchando contra otra tribu íbera de la región.

En el año 227 a.C., Asdrúbal el Bello aplastaría a los oretanos, llegando con una milicia de 50.000 infantes, 6.000 caballeros y 200 elefantes de guerra, y Orisón sería ejecutado en la cruz, ya que se indica que todos los culpables serían castigados, y sus doce ciudades entregadas al poder de los norteafricanos.

Cornelio Nepote escribe que la muerte del caudillo púnico se produciría en un enfrentamiento con los vetones, que era uno de los pueblos prerromanos de cultura céltica, que ocuparía las actuales provincias de Cáceres, Ávila y Salamanca, situados en el valle del Alto Tajo, su capital era *Helmantike-Salmantica* (Salamanca). *«Amílcar, después de haber atravesado el mar, llegó a Hispania (España), donde realizó grandes hechos con buenos resultados; sometió pueblos muy poderosos y belicosos; enriqueció toda el África con caballos, armas, hombres y dinero. Cuando tenía intención de llevar la guerra a Italia, a los ocho años de su llegada a Hispania murió en un combate que mantenía contra los vetones. Fue su odio eterno a los romanos el que, al parecer, hizo que declarara la segunda guerra púnica (guerra romana), pues Aníbal, su hijo, ante las insistentes peticiones de su padre, optó por preferir la muerte a dejar de medir sus fuerzas contra los romanos»*.

Apiano, por el contrario, menciona una auténtica fábula:

«El jefe púnico habría sucumbido a una astucia táctica: unos carros cargados de madera y uncidos por los hispanos a unos bueyes habrían acosado a los soldados cartagineses quienes, engañados al principio por la estratagema, habrían comenzado a reírse, para comprobar minutos después cómo el fuego prendía en la madera desatando el pánico entre ellos, mientras su jefe (Amílcar Barca) era asesinado en medio del caos».

Según Diodoro Sículo: *“En cuanto a Amílcar, por tanto, a pesar de que murió muchos años antes de nuestro tiempo, dejémosle también tener en la historia a modo de epitafio la alabanza que se merece”*.

Th. Mommsen escribe: *“Tal vez nadie haya librado con más grandeza que él la grandiosa lucha del ser humano contra el destino”*.

La muerte de Amílcar fue un gran contratiempo para la consolidación del dominio púnico en Iberia, pero no la eliminó. Entonces la milicia cartaginesa celebró una asamblea, y en ella por aclamación, Asdrúbal el Bello, fue elegido el comandante sustituto del fallecido. La Asamblea Popular de Cartago lo ratificó sin el más mínimo problema.

Asdrúbal el Bello tenía apoyos políticos importantes en la metrópoli norteafricana, a los que mantenía en su bando con cuantiosas sumas de dinero. Según Cornelio Nepote, quien no pierde ripio para denigrarlo, lo coloca el primero en la lista de los políticos cartagineses en estar encargado de alterar los usos y las buenas costumbres de Cartago, por medio de la corrupción más flagrante:

«Si he citado el nombre de Asdrúbal ha sido porque, una vez muerto Amílcar, fue él quien se hizo cargo de las riendas del ejército, realizó grandes hechos, y fue también él el que con sus donaciones de dinero hizo que los cartagineses se olvidaran de sus antiguas costumbres; después de su muerte el ejército encomendó el mando a Aníbal».

Asdrúbal Janto o “El Bello”, en el mando supremo de la milicia púnica, en Iberia

Además de las represalias crueles, Orisón fue cegado y torturado, como antes lo había padecido Istolacio; Asdrúbal entabló relaciones amistosas con los régulos íberos de la zona.

Para llegar a lo más alto del cenit político fundará una nueva ciudad a la que llamará la “Ciudad Nueva” o “Qart Hadasht”, la actual Cartagena o la Cartago Nova, latinizado su nombre por los romanos, a imagen y semejanza de la metrópoli africana de los púnicos.

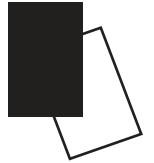
En el año 133 a. C., todavía Polibio pudo contemplar la majestuosidad del gran palacio de Asdrúbal Janto, en la nueva capital, en ese momento

histórico ya romana, del Imperio Cartaginés en Hispania.



Busto de Apio Claudio el Ciego

«Cartago Nova está situada hacia el punto medio del litoral hispano, en un golfo orientado hacia el sudoeste. La profundidad del golfo es de unos veinte estadios y la distancia entre ambos extremos es de diez; el golfo, pues, es muy semejante a un puerto. En la boca del golfo hay una isla que estrecha enormemente el paso de penetración hacia dentro, por sus dos flancos. La isla actúa de rompiente del oleaje marino, de modo que dentro del golfo hay siempre una gran calma, interrumpida solo cuando los vientos africanos se precipitan por las dos entradas y encrespan el oleaje. Los otros, en cambio, jamás remueven las aguas, debido a la tierra firme que las circundan. En el fondo del golfo hay un tómbolo, encima del cual está la ciudad, rodeada del mar por el Este y por el Sur, aislada por el lago por el Oeste y en parte por el Norte, de modo que el brazo de tierra que alcanza el otro lado del mar, que es el que enlaza la ciudad con la tierra firme, no alcanza una anchura mayor que dos estadios. El casco de la ciudad es cóncavo; en su parte meridional presenta un acceso más plano desde el mar. Unas colinas ocupan el terreno restante, dos de ellas muy montañosas y escarpadas, y tres no tan elevadas, pero



abruptas y difíciles de escalar. La colina más alta está al este de la ciudad y se precipita en el mar; en su cima se levanta un templo a Asclepio. Hay otra colina frente a ésta, de disposición similar, en la cual se edificaron magníficos palacios reales, contruidos, según se dice, por Asdrúbal, quien aspiraba a un poder monárquico. Las otras elevaciones del terreno, simplemente unos altozanos, rodean la parte septentrional de la ciudad. De estos tres, el orientado hacia el Este se llama el de Hefesto, el que viene a continuación, el de Aletes, personaje que, al parecer, obtuvo honores divinos por haber descubierto unas minas de plata; el tercero de los altozanos lleva el nombre de Cronos. Se ha abierto un cauce artificial entre el estanque y las aguas más próximas, para facilitar el trabajo a los que se ocupan en cosas de la mar. Por encima de este canal que corta el brazo de tierra que separa el lago y el mar se ha tendido un puente para que carros y acémilas puedan pasar por aquí, desde el interior del país, los suministros necesarios».

Un siglo más tarde cuarenta mil esclavos eran explotados hasta la muerte por el SPQR, en sus propincuas minas de plata, con la finalidad de poder obtener 25.000 dracmas diarios de beneficios.

Polibio escribe: «Fabio [se refiere al político e historiador Fabio Pictor], el historiador romano, afirma que la causa de la guerra contra Aníbal fue, además de la injusticia cometida contra los saguntinos, la avaricia y la ambición del poder de Asdrúbal, ya que éste, tras adquirir un gran dominio en los territorios de Hispania, se presentó en el África, donde intentó derogar las leyes vigentes y convertir en monarquía la constitución de los cartagineses. Los prohombres de la ciudad, al apercibirse de su intento contra la constitución, se pusieron de acuerdo y se enemistaron con él. Cuando Asdrúbal lo comprendió, se marchó del África y desde entonces manejó a su antojo los asuntos hispanos, prescindiendo del Senado cartaginés. Aníbal, que desde niño había sido compañero de Asdrúbal y emulador de su manera de gobernar, luego que hubo recibido la dirección de los asuntos de Hispania, dirigió las empresas del mismo modo que él. Esto hizo que ahora la guerra contra los romanos estallara contra la voluntad de los cartagineses, por decisión de Aníbal. Porque ningún notable cartaginés había estado de acuerdo con el modo con que Aníbal trató a la ciudad de Sagunto. Fabio

afirma esto, y luego asegura que tras la caída de la plaza mencionada los romanos acudieron y exigieron de los cartagineses que les entregasen a Aníbal o arrostraran la guerra. Ante su afirmación de que ya desde el principio los cartagineses estaban disgustados por la conducta de Aníbal, se podría preguntar a este autor si dispusieron de ocasión más propicia que ésta, o de manera más justa y oportuna para avenirse a las pretensiones romanas y entregarles al causante de tales injusticias. Así se libraban discretamente, por medio de terceros, del enemigo común de la ciudad, lograban la seguridad del país, apartaban la guerra que se les venía encima y satisfacían con solo un decreto a los romanos. A todo esto, ¿qué podría decir Fabio? Nada, evidentemente. La verdad es que los cartagineses tanto distaron de hacer cualquier cosa de las indicadas, que, según las iniciativas de Aníbal, guerrearon continuamente durante dieciséis años y no cesaron hasta que, tras poner a prueba todas sus esperanzas, al final vieron en peligro su país y sus vidas».

Según Fabio Pictor tras la muerte de Amílcar Barca, Asdrúbal el Bello, con su nombramiento oficial realizado por parte de la milicia cartaginesa en Iberia, se habría personado en Cartago para abolir la eficiente y loada Constitución de la polis norteafricana, y cambiándola, *motu proprio*, por el vilipendiado sistema monárquico, con él, ¡por supuesto!, como soberano.

Pero, sería derrotado en la Balanza de Cartago, por lo que a su vuelta a Iberia, la habría gobernado de espaldas a las órdenes del susodicho Senado metropolitano; no obstante, Polibio acusa de falso e incoherente al mencionado senador de Roma, sobre todo negando que los Bárcidas, atendiendo solo a sus propios intereses, arrastrasen a Cartago, contra la voluntad de sus ciudadanos, a la cruenta Segunda Guerra contra Roma, pero no niega los indicios de que el yerno de Amílcar Barca pretendiese ser coronado rey en Cartago Nova.

Fabio Pictor ya contemplaba a Asdrúbal Janto como a un auténtico monarca o *basileus* de tipo helenístico. Por todo ello los *patres romani* del Senado de Roma se van a dirigir a él, sin el menor rebozo, para dar forma legal al malhadado Tratado del Ebro, que tantos ríos de tinta y múltiples interpretaciones ha tenido a lo largo de la historia, y no a la propia Balanza de Cartago.

En el verano-otoño del año 226 a. C., el Senado del SPQR enviaría una segunda embajada a Iberia, para pedir nuevamente explicaciones a los cartagineses, la cual se reuniría con Asdrúbal en *Qart Hadasht-Cartago Nova*.

«Los romanos constataron que allí se había establecido un poder mayor y temible, y pasaron a preocuparse de Hispania. Vieron que en los tiempos anteriores se habían dormido y que los cartagineses se les habían anticipado a construir un gran imperio, e intentaron con todas sus fuerzas recuperar lo perdido. Pero de momento no se atrevían a exigir nada a los cartagineses ni a hacerles la guerra, porque pendía sobre ellos su temor a los galos, en sus mismas fronteras, y aguardaban su invasión día tras día. De modo que los romanos halagaban y trataban benigneamente a Asdrúbal, pues habían decidido arriesgarse contra los galos y atacarles: suponían que no podrían dominar a Italia ni vivir con seguridad en su propia patria mientras tuvieran por vecinos a estas gentes. Despacharon legados a Asdrúbal y establecieron un pacto con él, en el que, silenciando el resto de Hispania, se dispuso que los cartagineses no atravesarían con fines bélicos el río llamado Ebro. Esto se hizo al tiempo que los romanos declararon la guerra a los galos de Italia».



Moneda de Magón Barca

Y aunque Polibio sugiere, en el hecho, una taxativa imposición de Roma, lo más lógico es pensar en la existencia de algún tipo de cláusula que fuese coercitiva, también, para los romanos; ello se colige por

la indubitable satisfacción que produjo, en Asdrúbal *Janto*, lo conseguido, ya que por ello, Roma otorgaba el reconocimiento oficial a lo que los púnicos estaban obteniendo en Iberia, aceptando su hegemonía por debajo del río Ebro, si es que el citado río *Iber* del tratado se refiere al susodicho.

Pero, entonces ya aparece Sagunto, el *casus belli* de la Segunda Guerra Romana o Púnica (218 a.C.-201 a.C.) entre los historiadores de la Antigüedad. En esta época los saguntinos están ya bajo la protección de Roma, desde el año 221 a. C. Polibio escribe:

«Las cosas estaban así, y era notorio que los saguntinos ya se habían aliado con los romanos muy anteriormente a la época de Aníbal. He aquí la máxima prueba de ello, reconocida por los mismos cartagineses: cuando los saguntinos se pelearon entre ellos, no se dirigieron a los cartagineses, a pesar de que los tenían muy cerca y disponían ya de los asuntos de Hispania, sino a los romanos, y gracias a ellos enderezaron su situación política».

Aunque existen indicios para retrasar esa fecha hasta el año 231 a. C., y no es conveniente olvidar que, dentro de los muros de la propia Sagunto, existía un importante partido muy próximo a los intereses de los cartagineses, y que deseaba que la urbe cambiase de protector por razones obvias de fuerza y de proximidad geográfica; además, los púnicos estaban mostrándose invencibles contra los indígenas de su territorio.

Pero la preclara inteligencia y astucia de Asdrúbal *Janto* había seguido realizando pactos con los iberos del hinterland de Sagunto, los más destacados de ellos serían los, ya mencionados, turboletas (celtíberos en torno a Teruel. Su capital sería *Turba* o *Turbola* o *Turbula*), pueblo muy belicoso, y una fuente constante de problemas para otros celtíberos citeriores como eran los belos o belaiscos (ciudades importantes *Nertóbriga* y *Sekalsa-Segeda*, en las provincias de Zaragoza y de Soria), los titos (vinculados por clientelismo a los belos, valle medio del río Jalón), y para los edetanos de *Saguntum*.

No obstante, la mala suerte que persigue, de continuo, a los púnicos, se va a cernir, otra vez, sobre los proyectos de este pueblo magnífico, y, en este caso, será en el año 221 a. C., cuando Asdrúbal sea asesinado



por causa de una venganza de un esclavo que pretendía vengar las posibles afrentas que, el caudillo cartaginés, habría infligido a su amo.

Según Polibio: *«Asdrúbal, el general cartaginés (pues de aquí partió nuestra digresión) había ejercido ocho años el mando en Hispania cuando murió asesinado arteramente una noche en su propio aposento, por un hombre de raza gala; fue un ajuste de cuentas particular. Había promovido un gran auge en la causa cartaginesa, no tanto mediante empresas guerreras como mediante tratos con los jefes del país».*

Está claro que Asdrúbal pagó con su propia vida ofensas de tipo personal. Tito Livio: *«Asdrúbal, recurriendo a la prudencia en mayor medida que a la fuerza, estableciendo lazos de hospitalidad con los reyezuelos y ganándose nuevos pueblos por la vía de la amistad con sus principales más que por la de la guerra o las armas, incrementó el poderío cartaginés. Sin embargo la paz no le supuso una mayor seguridad: un bárbaro, despechado porque había hecho morir a su amo, le cortó la cabeza públicamente, y, apresado por los que estaban alrededor, con la misma expresión en su rostro que si hubiera escapado, a pesar incluso de ser sometido a tortura conservó tal semblante que, sobreponiéndose con alegría a los dolores, incluso parecía estar sonriendo. Con este Asdrúbal, dado que había mostrado una sorprendente habilidad para atraerse a los pueblos e incorporarlos a su dominio, había renovado el pueblo romano el tratado de alianza según el cual el río Hiberus constituiría la línea de demarcación entre ambos imperios y se les respetaría la independencia a los saguntinos, situados en la zona intermedia entre los dominios de ambos pueblos».*

Otro texto de Tito Livio esclarece más el hecho, e indica, claramente, que Asdrúbal sería asesinado en su propio palacio de Qart Hadasht o Carthago Nova, por un esclavo que vengaba, de esta manera, a su amo, quien habría sido eliminado por el caudillo cartaginés.

«Así las cosas, se entregan las riendas del poder a Asdrúbal, quien por entonces esquilma con furor desproporcionado las riquezas de los pueblos de Occidente, la nación ibera y los que habitan junto al Betis. Corazón terrible no exento de una irremediable cólera el de un jefe que disfrutaba mostrando crueldad

en su poder. Con su insaciable sed de sangre, creía descabelladamente que ser temido era síntoma de distinción; solo podía aplacar su locura sanguinaria con castigos nunca vistos. Sin ningún respeto por lo humano o lo divino, mandó crucificar en lo alto de una cruz de madera a Tago, hombre de arraigada nobleza, aspecto distinguido y probado valor, y, triunfante, exhibió luego ante su pueblo afligido a este rey privado de sepultura. Por grutas y riberas lloran las ninfas de Iberia a Tago, quien tomaba su nombre del aurífero río, y no hubiera preferido él ni la corriente meonia ni las aguas lidias, ni la llanura que, regada por un caudal de oro, amarillea al mezclarse con las arenas del Hermo. Siempre el primero a la hora de entrar en combate y el último en deponer las armas, cuando guiaba altanero su veloz corcel a rienda suelta, no había espada ni lanza arrojada de lejos que pudiera detenerlo. Revoloteaba triunfante Tago, bien conocido en ambos ejércitos por su dorada armadura. Cuando uno de sus esclavos lo vio colgado del funesto madero y desfigurado por la muerte, a hurtadillas empuñó la espada preferida de su amo, irrumpió rápidamente en palacio e hirió por dos veces el pecho cruel de Asdrúbal. Los cartagineses montaron en cólera, acentuada entonces por tal pérdida y, como pueblo proclive a la crueldad, se abalanzan sobre él y lo someten a todo tipo de torturas: ya no hubo límite para el fuego y el hierro candente, los azotes que aquí y allá desgarraban su cuerpo mutilado con infinitos golpes, las manos del verdugo, la misma muerte que se le colaba hasta el fondo de sus entrañas, las llamas que brillaban en mitad de las heridas. Un espectáculo atroz de ver, e incluso de contar: sus tendones, cruelmente estirados, se tensaban todo lo que el tormento permitía; cuando perdió toda su sangre, sus huesos calcinados humeaban todavía junto a los miembros consumidos. Pero su ánimo permanecía intacto; sobrellevaba el dolor, lo despreciaba, y, como si fuese un mero espectador, reprochaba a los torturadores su agotamiento y a grandes gritos reclamaba para sí el suplicio de la cruz, lo mismo que su amo».

Aníbal Barca en el poder de la milicia púnica en Iberia

Tras la muerte de Asdrúbal el Bello la milicia púnica, en Iberia, va a elegir por aclamación, como comandante *en jefe del ejército*, al primogénito de Amílcar Barca y cuñado de Asdrúbal Janto, que es Aníbal; la Asamblea Popular de Cartago, tan volcada siempre hacia los Bárcidas, va a apoyar y a ratificar dicho nombramiento; Aníbal tiene, entonces, unos 26 años.

Tito Livio lo va a retratar con la patognomónica parcialidad del historiador romano, realizando un genial estereotipo que tanto interesaba a la propaganda de Roma. En algunos de sus datos se observa que sigue la opinión de los historiadores procartagineses Sileno y Sosilo, que habrían manifestado la opinión de sus aguerridos conmlitones.

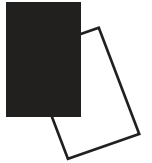


Moneda de Asdrúbal Barca

«Pocos, pero prácticamente los mejores se mostraban de acuerdo con Hannón, pero como ocurre las más de las veces, la cantidad se impuso a la calidad. Enviado Aníbal a Hispania, nada más llegar se ganó a todo el ejército: los soldados veteranos tenían la impresión de que les había sido devuelto el Amílcar joven; veían la misma energía en sus rasgos, la misma fuerza en su mirada, la misma expresión en su semblante, idéntica fisonomía. Después, en muy poco

tiempo, consiguió que lo que tenía de su padre fuese lo menos importante en orden a granjearse las simpatías. Nunca un mismo carácter fue más dispuesto para cosas enteramente contrapuestas: obedecer y mandar. No resultaría fácil, por ello, discernir si era más apreciado por el general o por la tropa. Ni Asdrúbal prefería a ningún otro para confiarle el mando cuando había que actuar con valor y denuedo, ni los soldados se mostraban más confiados o intrépidos con ningún otro jefe. Era de lo más audaz para afrontar los peligros, y de lo más prudente en medio mismo del peligro. No había tarea capaz de fatigar su cuerpo o doblegar su moral. El mismo aguante para el calor y el frío; su manera de comer y beber, atemperada por las necesidades de la naturaleza, no por el placer; el tiempo de vigilia y de sueño, repartido indistintamente a lo largo del día o de la noche; el tiempo que le quedaba libre de actividad era el que dedicaba al descanso, para el cual no buscaba ni muelle lecho ni silencio: muchos lo vieron a menudo echado por el suelo, tapado con el capote militar, en medio de los puestos de guardia o de vigilancia militar. No se distinguía en absoluto entre los de edad por la indumentaria, sí llamaban la atención sus armas y sus caballos. Era, con diferencia, el mejor soldado de caballería y de infantería a un mismo tiempo; el primero en marchar al combate, el último en retirarse una vez trabada la pelea. Las virtudes tan pronunciadas de este hombre se contrapesaban con defectos muy graves: una crueldad inhumana, una perfidia peor que púnica, una falta absoluta de franqueza y de honestidad, ningún temor a los dioses, ningún respeto por lo jurado, ningún escrúpulo religioso. Con estas virtudes y vicios innatos militó durante tres años bajo el mando de Asdrúbal, sin descuidar nada de lo que debiera hacer o ver quién iba a ser un gran general».

La frase de Tito Livio, en la obra ya mencionada de *Ab Urbe Condita*: “Cum hac indole uirtutem atque uitiorum triennio sub Hasdrubale meruit” (“con estas virtudes y vicios innatos militó durante tres años bajo el mando de Asdrúbal, sin descuidar nada de lo que debiera hacer o ser quien iba a ser un gran general”), deja traslucir que detrás de todo ello se puede hallar el anuncio perenne de que a los romanos del pasado no les quedó otro remedio que luchar, sin denuedo, contra un general enemigo genial, pero que a la par carecía de



fe y de ley, es decir de la más mínima ética; lo que es paradójico, ya que los nombres cartagineses son todos teóforos.

Tito Livio transmite la opinión de Aníbal el Grande sobre los romanos, cuando realiza una arenga a sus soldados: *“Roma es una nación extremadamente cruel y soberbia, que todo lo hace suyo y de su arbitrio, que considera justo imponernos un límite: con quién podemos hacer la guerra, con quién la paz. Nos circunscribe y nos encierra en fronteras marcadas por montes y ríos que no debemos sobrepasar, cuando ellos, que las establecen, no las respetan”*.

En ese mismo año de 221 a.C., Aníbal toma la primera iniciativa militar, que consiste en que realiza un avance bélico hacia el territorio de los olcades, al noroeste de Cartago Nova, se tomaría al asalto su capital *Althia-Cartala*, obteniendo un buen botín, y un fortalecimiento del vínculo de fidelidad de sus soldados. Los olcades eran una tribu íbera en la provincia de Cuenca, limitaban con los poderosos carpetanos al oeste, con los fortísimos celtíberos arévacos (su *caput* Numancia) al norte, los oretanos al sur, y los edetanos al este. El esclavo de su régulo Tagus sería el asesino de Asdrúbal Janto, y esta guerra sería más una operación de castigo. Una buena parte de los olcades reforzarían a las tropas destinadas a defender a la propia Cartago africana.

Polibio cita su conquista annibálica: *“Aníbal se hizo cargo del mando e inmediatamente se puso en marcha para someter a la tribu de los olcades. Llegó ante Althia, su ciudad más fuerte, y estableció el campamento frente a ella. Después la atacó con impulsos enérgicos y terribles y la logró tomar al asalto en poco tiempo, lo que hizo que las demás poblaciones, espantadas, se entregasen a los cartagineses. Aníbal el Grande les impuso una contribución y, tras hacerse con una fuerte suma, volvió a Cartago Nova para pasar el invierno”*.

Aníbal Barca contra Toro y Salamanca

En el año 220 a.C., de nuevo Aníbal se moviliza para dirigirse hacia el curso medio del río Duero; los púnicos necesitaban conseguir tropas, y más aguerridas que las de la futura Hispania no existían en ningún lugar de la Europa conocida.

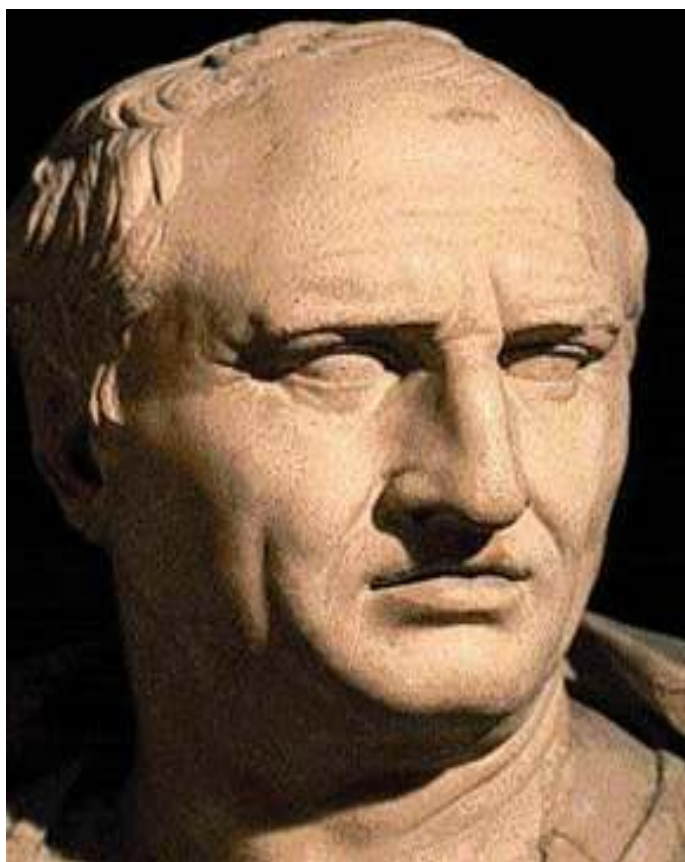
Plutarco cita el hecho del asalto de Aníbal a Salamanca en estos términos:

«Aníbal, el hijo de Barca, antes de hacer su expedición contra los romanos, atacó en Hispania una gran ciudad: Salmántica. En principio, los asediados sintieron temor y acordaron hacer lo ordenado: entregar a Aníbal trescientos talentos de plata y trescientos rehenes. Pero, cuando éste levantó el asedio, cambiaron de opinión y no cumplieron lo pactado. Éste, entonces, volvió y ordenó a sus soldados atacar la ciudad para saqueo de sus bienes».

Polieno (Macedonia, siglo II d.C.) fue abogado y escribió sobre materia militar. En su obra nos ha transmitido el heroísmo de las mujeres salmantinas o leonesas de Salamanca: *«Aníbal en Iberia puso cerco a una ciudad grande: Salmántida; hicieron un tratado para, recibiendo trescientos talentos de plata y trescientos rehenes, levantar el cerco. Pero no cumpliendo los salmantinos lo convenido, volviendo Aníbal lanzó los soldados a saquear la ciudad. Suplican los bárbaros que se les deje salir con un vestido junto con sus mujeres, después de abandonar las armas, las riquezas y los esclavos. Las mujeres, habiendo ocultado las espadas bajo sus vestidos, se las entregaron a los hombres. Y los soldados de Aníbal se pusieron a saquear la ciudad. Y las mujeres, animando a gritos a los hombres, les entregaron las espadas; y algunas, siguiendo a los hombres, atacaron a los que saqueaban la ciudad, de suerte que a unos hirieron y a otros mataron y se batieron juntos»*.

El susodicho historiador griego Polieno abunda más, si cabe, en la cuestión del valor de las mujeres vacceas de Salamanca. Urbe que sería cedida, a posteriori, por los vacceos a los vettones, al estar muy alejada del núcleo

principal de aquella mencionada gentilidad, que era la de los habitantes de la Tierra de Campos, cuya ciudad más importante era Arbucola (Toro), mientras que *Helmantike* se encontraba en el cogollo de las tierras de los vettones, e indica: «...pero, Aníbal, quien admirado por la valentía de sus mujeres [las féminas vacceas *helmanticens*], por causa de ellas devolvió a sus hombres la patria y la riqueza». Polibio de Megalópolis llama *Helmantike* a esta ciudad de la Extremadura leonesa, bien de vacceos o de vettones, que significa “TIERRA DE ADIVINACIÓN”.

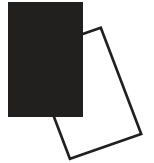


Busto del historiador Polibio de Megalópolis

Tito Livio nos acerca a estos hechos:

«Pero desde el día en que fue proclamado general, como si le hubiese sido asignada Italia por decreto como provincia y se le hubiese encargado la guerra contra Roma, persuadido de que no había momento que perder no fuese a ocurrir que también a él como a su padre Amílcar y después a Asdrúbal lo sorprendiese alguna eventualidad mientras andaba en vacilaciones, decidió hacer la guerra a los saguntinos. Como al atacarlos iba a provocar con toda seguridad una reacción armada por parte de los romanos, llevó primero [verano del año 221 a. C.] a su ejército al territorio de los ólcades [entre los ríos Guadiana y Tajo, o en el alto Guadalquivir] –pueblo éste situado

en el territorio de los cartagineses más que bajo su dominio, al otro lado del Ebro- para que pudiese dar la impresión, no de que había atacado a los saguntinos, sino de que se había visto arrastrado a esta guerra por la concatenación de los hechos, una vez dominados y anexionados los pueblos circundantes. Asalta y saquea la rica ciudad de Cartala, capital de dicho pueblo; sacudidas por esta amenaza, las ciudades más pequeñas se someten a su dominio imponiéndoseles un tributo. El ejército victorioso y cargado de botín es conducido a la actual Cartagena a los cuarteles de invierno. Allí, repartiendo con generosidad el botín y abonando debidamente las pagas militares atrasadas se aseguró por completo las voluntades de conciudadanos y aliados y a principios de la primavera [año 220 a. C.] puso en marcha la guerra contra los vacceos [en las actuales provincias de Palencia, Valladolid y Segovia, y territorios limítrofes]. Sus ciudades de Hermándica [Salamanca] y Arbocala [Toro] fueron tomadas por la fuerza. Arbocala se defendió largo tiempo gracias al valor y al número de sus habitantes. Los fugitivos de Hermándica después de unirse a los exiliados de los ólcades, pueblo dominado el verano anterior, instigan a los carpetanos [cuenca media del río Tajo], y atacando a Aníbal a su regreso del territorio vacceo no lejos del río Tajo, desbarataron la marcha de su ejército cargado con el botín. Aníbal obvió el combate y después de acampar a la orilla del río, una vez que reinó la calma y el silencio en el lado enemigo, vadeó el río, levantó una empalizada de forma que los enemigos tuviesen sitio por donde cruzar y decidió atacarlos cuando estuvieran cruzando. Dio orden a la caballería de que atacasen a la columna entorpecida cuando la viesan metida en el agua; los elefantes, pues había cuarenta, los colocó en la orilla. Entre carpetanos y tropas auxiliares de ólcades y vacceos sumaban cien mil, ejército invencible si la lucha se desarrollara en campo abierto. Por ello, intrépidos por naturaleza y confiando además en el número, y creyendo que el enemigo había retrocedido por miedo, convencidos de que lo que retrasaba la victoria era el hecho de estar el río de por medio, lanzando el grito de guerra se precipitan al río de cualquier manera, sin mando alguno, por donde a cada uno le pillaba más cerca. También desde la otra orilla se lanza al río un enorme contingente de jinetes, y en pleno cauce se produce un choque absolutamente desigual, puesto que mientras el soldado de a pie, faltó



de estabilidad y poco confiado en el vado, podía ser abatido por un jinete incluso desarmado que lanzase su caballo al azar, el soldado de a caballo, con libertad de movimientos para sí y para sus armas, operaba de cerca y de lejos con un caballo estable incluso en medio de los remolinos. En buena parte perecieron en el río; algunos, arrastrados en dirección al enemigo por la corriente llena de rápidos, fueron aplastados por los elefantes. Los últimos, que encontraron más segura la vuelta a la orilla, después de andar de acá para allá se reagruparon, y Aníbal, antes de que se recobrasen sus ánimos de tan tremendo susto, metiéndose en el río en formación al cuadro los obligó a huir de la orilla, y después de arrasar el territorio en cosa de pocos días recibió también la sumisión de los carpetanos. Desde ese momento quedaba en poder de los cartagineses todo el territorio del otro lado del Ebro, exceptuados los saguntinos».

Y, Polibio también narra los hechos:

«Al verano siguiente salió de nuevo, esta vez contra los vacceos, lanzó un ataque súbito contra Helmantike [Salamanca] y la conquistó; tras pasar muchas fatigas en el asedio de Arbucala [Toro], debido a sus dimensiones, al número de sus habitantes y también a su bravura, la tomó por la fuerza. Ya se retiraba, cuando se vio expuesto súbitamente a los más graves peligros: le salieron al encuentro los carpetanos, que quizás sea el pueblo más poderoso de los de aquellos lugares; les acompañaban sus vecinos, que se les unieron excitados principalmente por los ólcades que habían logrado huir; les atacaban también, enardecidos, los salmantinos que se habían salvado. Si los cartagineses se hubieran visto en la precisión de entablar con ellos una batalla campal, sin duda alguna se habrían visto derrotados. Pero Aníbal, que se iba retirando con habilidad y prudencia, tomó como defensa el río llamado Tajo, y trabó el combate en el momento en que el enemigo lo vadeaba, utilizando como auxiliar el mismo río y sus elefantes, ya que disponía de cuarenta de ellos. Todo le resultó de manera imprevista y contra todo cálculo. Pues los bárbaros intentaron forzar el paso por muchos lugares y cruzar el río, pero la mayoría de ellos murió al salir del agua, ante los elefantes que recorrían la orilla y siempre se anticipaban a los hombres que iban saliendo. Muchos también sucumbieron dentro del río mismo a

manos de los jinetes cartagineses, porque los caballos dominaban mejor la corriente, y los jinetes combatían contra los hombres de a pie desde una situación más elevada. Al final cruzó el río el mismo Aníbal con su escolta, atacó a los bárbaros y puso en fuga a más de cien mil hombres. Una vez derrotados, nadie de allá del Ebro se atrevió fácilmente a afrontarle, a excepción de Sagunto. Pero Aníbal, de momento, no atacaba en absoluto a la ciudad, porque no quería ofrecer ningún pretexto claro de guerra a los romanos hasta haberse asegurado el resto del país; en ello seguía sugerencias y consejos de su padre, Amílcar».

Aníbal tenía ya un brillante elenco de generales, en esta batalla del Tajo: su primo Maharbal mandando la caballería nómada, su sobrino Hannón el Joven (hijo del marido, Bomílcar, de su hermana mayor), y sus hermanos Asdrúbal y Magón Barca.

Tito Livio indica: “(...) levantó una empalizada de forma que los enemigos tuviesen sitio por donde cruzar y decidió atacarlos cuando estuvieran cruzando”.

El sitio de Sagunto fue el enfrentamiento militar que se produjo en el año 219 a.C., siendo el desencadenante de la Segunda Guerra Romana.

Roma no respondió en ninguna circunstancia a las desesperadas peticiones de socorro de Sagunto; tras ocho meses de cerco, la ciudad cayó con estrépito en poder de los cartagineses.

En la primavera del año 218 a.C. una delegación del SPQR se presentó ante la Balanza de Cartago. Polibio cita la escena que dio origen a la gran conflagración bélica entre Roma y Cartago:

“Los embajadores romanos escucharon el alegato cartaginés y no añadieron nada. El de mayor edad mostró su manto a los senadores cartagineses, y les dijo que allí les llevaba la guerra y la paz, lo sacudiría y les soltaría lo que eligieran. El sufeta cartaginés les dijo que soltaran lo que a ellos les pareciera bien. Cuando el romano dijo que les soltaba la guerra, la mayoría del senado alzó la voz y gritó que la aceptaban., y con estas palabras los embajadores y el senado cartaginés se separaron”. *Fidem erga populum punicum.*



Busto de Aníbal Barca el Grande (Museo de Nápoles)

FUENTES

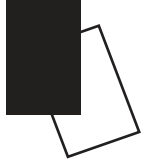
- Cornelio Nepote (M. Segura Moreno, editor) (2002): *Vidas. Amílcar. Aníbal*. Gredos.
- Polibio (M. Balasch Recort, editor) (2000): *Historias (Libros I-IV)*. Gredos.
- Tito Livio (J. A. Villar Vidal, editor) (2001): *Historia de Roma desde su fundación (Ab Urbe Condita) (Libros XXI-XXV)*. Gredos.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Sanchís, J. R. (2003): *Los Vettones*. Real Academia de la Historia/Institución Gran Duque de Alba.
- Barceló, P. (2000): *Aníbal de Cartago*. Alianza.
- Barceló, P. (2010): *Aníbal. Estratega y estadista*. La Esfera de los Libros.
- Blázquez, J. M. y García-Gelabert, M. P. (1994): *Cástulo,*

ciudad íbero romana. Istmo.

- Broughton, T. R. S. (1986): *The Magistrates of The Roman Republic, 509 B.C.-100 B.C.* American Philological Association.
- Charles-Picard, G. (1967): *Hannibal*. Hachette.
- Christ, K. (2006): *Aníbal*. Herder.
- Cottrel, L. (1992): *Hannibal. Enemy of Rome*. Da Capo Press.
- Fernández Vega, P. A. (2020): *La sombra de Aníbal*. Siglo XXI/Akal.
- Gabriel, R. A. (2011): *Hannibal. The Military Biography of Rome's Greatest Enemy*. Potomac Books.
- Gibbins, D. (2013): *Total War. Destruir Cartago*. La Esfera de los Libros.
- Goldsworthy, A. (2002): *Las Guerras Púnicas*. Ariel.
- Gómez de Caso Zuriaga, J. (1996): *Amílcar Barca y la política cartaginesa (249- 237 a.C.)*. Universidad de Alcalá.
- González Wagner, C. (2000): *Cartago*. Alderabán.
- Granzotto, G. (1995): *Annibale*. Mondadori.
- Hoyos, D. (2005): *Hannibal's Dynasty*. Routledge.
- Hoyos, D. (2010): *The Carthaginians*. Routledge.
- Hubert, H. (2005): *Los Celtas*. Círculo Latino.
- Huss, W. (1993): *Los Cartagineses*. Gredos.
- Huss, W. (2001): *Cartago*. Acento.
- Kovaliov, S. I. (1985): *Historia de Roma*. Sarpe/Akal.
- Lancel, S. (1994): *Cartago*. Crítica.
- Lancel, S. (1997): *Aníbal*. Crítica.
- Lazenby, J. F. (2007): *Hannibal's war*. Aris and Phillips.
- López Barja de Quiroga, P. y Lomas Salmonte, F. J. (2004): *Historia de Roma*. Akal.
- López Castro, J. L. (1995): *Hispania Poena*. Crítica.
- Mommsen, T. (2003): *Historia de Roma. Desde la reunión de Italia hasta la sumisión de Cartago y de Grecia*. Turner.
- Nicolet, C. (1984): *Roma y la conquista del mundo mediterráneo, 267-27 a. de JC. La génesis de un imperio*. Labor.
- Pardo Mata, P. (2002): *Mediterráneo. Fenicia, Grecia y Roma*. Silex.
- Petit, P. (1986): *Historia de la Antigüedad*. Labor.
- Parker, H. M. D. (1985): *The Roman Legions*. Ares Publishers.
- Plácido Suárez, D.; Alvar Ezquerro, J. y González Wagner, C. (1993): *La formación de los estados en el Mediterráneo Occidental*. Síntesis.
- Prados Martínez, F., Remedios Sánchez, J. y Bermejo Tirado, J. (editores) (2012): *Aníbal de Cartago. Historia y mito*. Polifemo.



- Roldán Hervás, J. M. (1995): *Historia de Roma. La República Romana*. Cátedra.
- Ruiz de Arbulo, J., Belén, M., Vidal González, P. y Corzo Sánchez, R. (2000): *Santuarios Fenicio-Púnicos en Iberia*. Eivissa.
- Sanctis, G. de (1967): *Storia del romani*. La Nuova Italia.
- Scardigli, B. (1991): *I Trattati romano-cartaginesi*. Scuola Normale Superiore di Pisa.
- Schulten, A. (M. Artigas Ferrando y P. Bosch Gimpera, editores) (2004): *Hispania*. Renacimiento.
- Tovar, A. y Blázquez, J. M. (1982): *Historia de la Hispania romana*. Alianza.
- Vegas, M. (editor) (2002): *Cartago Fenicio-Púnica*. Universidad Pompeu Fabra.
- Warmington, B. H. (1968): *Storia di Cartagine*. Giulio Einaudi.

NOVELA HISTÓRICA

- Flaubert, G. (A. Froufé, editor) (1964): *Salambó*. Edaf.
- Haefs, G. (2001): *El jardín de Amílcar*. Edhasa.
- Kane, B. (2012): *Aníbal, enemigo de Roma*. Ediciones B.
- Leckie, R. (2000): *Yo, Aníbal, general de Cartago*. Emecé/RBA.
- Posteguillo, S. (2006): *Africanus. El hijo del cónsul*. Ediciones B.
- Posteguillo, S. (2009): *La traición de Roma*. Ediciones B.
- Salvadó, A. (2003): *Los ojos de Aníbal*. Martínez Roca.

PUBLICACIONES

• Revista Cultural ProCulTo

- Revista Cultural ProCulTo nº I, 2005 (agotada)
- Revista Cultural ProCulTo nº II, 2006 (agotada)
- Revista Cultural ProCulTo nº III, 2007 (agotada)
- Revista Cultural ProCulTo nº IV, 2008
- Revista Cultural ProCulTo nº V, 2009
- Revista Cultural ProCulTo nº VI, 2010 (agotada)
- Revista Cultural ProCulTo nº VII, 2011
- Revista Cultural ProCulTo nº VIII, 2012 (agotada)
- Revista Cultural ProCulTo nº IX, 2013
- Revista Cultural ProCulTo nº X, 2014
- Revista Cultural ProCulTo nº XI, 2015 (agotada)
- Revista Cultural ProCulTo nº XII, 2016 (agotada)
- Revista Cultural ProCulTo nº XIII, 2017
- Revista Cultural ProCulTo nº XIV, 2018
- Revista Cultural ProCulTo nº XV, 2019
- Revista Cultural ProCulTo nº XVII, 2020
- Revista Cultural ProCulTo nº XVIII, 2021
- Revista Cultural ProCulTo nº XVIII, 2022

• Cuadernos Toresanos

- Cuadernos Toresanos, nº 1, 2016
- Cuadernos Toresanos, nº 2, 2018
- Cuadernos Toresanos, nº 3, 2019
- Cuadernos Toresanos, nº 4, 2021
- Cuadernos Toresanos, nº 5, 2022

• Otras publicaciones

- VV. AA. *Poetas en su voz. Zamora*: Asociación Cultural ProCulTo, 2007 (agotada)
- OTERO TORAL, Manuel. *Caminos de las fuentes. Rutas para conocer las viejas fuentes del término de Toro*. Zamora: Asociación Cultural ProCulTo-Ministerio de medio ambiente, y medio rural y marino, 2009. (agotado)
- AMIGO GONZÁLEZ, Antonio. *El sendero de la ribera norte del Duero a su paso por Toro*. Oñati: Asociación Cultural ProCulTo-Ministerio de medio ambiente, y medio rural y marino, 2010 (agotado)
- MATEOS CORBELLÁ, Paz. *Toro en el azul del sol*. Toro: Asociación Cultural ProCulTo, 2019.



NORMAS DE PUBLICACIÓN

- 1.- La revista no asume los planteamientos expresados por los autores, cuya responsabilidad es exclusiva de éstos.
- 2.- Se remitirán los artículos al Consejo de Redacción (proculito2004@gmail.com) en formato Word, con una extensión mínima de 15 páginas incluyendo cuadros, gráficos, fotografías, mapas y notas.
- 3.- El cuerpo del texto se presentará en letra Arial, tamaño 12, con un espacio entre párrafos y márgenes de 2,5 cm.
- 4.- Los autores incluirán título, nombre y apellidos del autor/es y su profesión.
- 5.- En el caso de que el artículo tenga apartados, se encabezará cada epígrafe numéricamente en VERSALES y en negrita.
- 6.- El autor puede hacer uso de notas al pie, cuyas llamadas se indicarán en números volados (superíndice), con números correlativos.
- 7.- Los cuadros, mapas, fotografías y gráficos que se incluyan llevarán numeración arábica correlativa con su correspondiente título. En el caso de imágenes –mapas, fotografías- se incluirán en el texto donde corresponda, pero se adjuntará también copia en formato JPG o TIFF.
- 8.- Las referencias bibliográficas se elaborarán conforme a las normas ISO 690 y UNE 50-104, según los modelos siguientes:

- **Monografías:**

- APELLIDO/S, Nombre/s. Título (en cursiva). Lugar: Editor, año de publicación, página/s citada/s.

- **Capítulos de libros y contribuciones en monografías u obras colectivas:**

- APELLIDO/S, Nombre/s. “Título del capítulo”. En APELLIDO/S, Nombre/s (ed./coord./dir.). Título (en cursiva).
Lugar: Editor, año de publicación, página/s citada/s.

- **Artículos en publicaciones en serie:**

- APELLIDO/S, Nombre/s. “Título del artículo”. Revista, año, volumen/número, página/s.

En el caso de publicaciones electrónicas, se citará según el modelo anterior siempre que sea posible, sin necesidad de incluir la url. En caso contrario, a la información básica se añadirá la url y la fecha de consulta.

- 9.- Las referencias que no se correspondan con lo anterior (fuentes documentales, prensa histórica, etc.) se harán aportando la información necesaria para su identificación.
- 10.- Los trabajos editados en la revista no dan derecho a remuneración alguna. La consulta, utilización y reproducción es libre, siempre que se cite la procedencia y la autoría de los artículos.

